

Reseñas

SEYMOUR MARTIN LIPSET, *Continental Divide: the Values and Institutions of the United States and Canada*, Londres, Routledge, Chapman and Hall Inc., 1991.

Seymour Martin Lipset, científico social de reconocida trayectoria, ofrece en este libro una visión comparada de los sistemas políticos, económicos, sociales y culturales de Estados Unidos y Canadá. Partiendo de la premisa de que las conductas y estilos de vida nacionales sólo pueden ser entendidos a través de la comparación con sus similares, Lipset hace un cuidadoso análisis de las instituciones existentes en ambos lados del paralelo 49.

En el principio fue la historia: a pesar de ser hijos de un mismo padre, por decirlo así, los separó la independencia de las Trece Colonias. Productos opuestos, uno de la revolución y otro de la contrarrevolución, de aquí parten sus diferencias básicas en política, religión, conducta social y economía. El país de la revolución (Estados Unidos) elaboró su temperamento populista y meritocrático a partir de un proyecto de sociedad basado en la "vida, libertad y la búsqueda de la felicidad". Los padres fundadores de la nación contrarrevolucionaria (Canadá), al contrario, definieron el suyo a partir de la "paz, orden y buen gobierno", tal y como aparece en el acta que fundó el Dominio del Canadá en 1867. Para uno, la fuente de la autoridad fue "el pueblo", como lo establece su Constitución, documento sometido a las legislaturas estatales para su ratificación. El otro vio su nuevo gobierno como la antigua monarquía inglesa y envió su Carta Magna a Londres para que fuera aprobada por el Parlamento Británico y proclamada por la reina. La república revolucionaria desconfiaba de la autoridad estatal y adoptó una ley de derechos restrictiva del poder, que puso un serio énfasis en el proceso judicial. El dominio contrarrevolucionario siguió el modelo de Westminster, con el poder en manos de un gabinete basado en la mayoría parlamentaria y con no más límites que los derivados de una división de jurisdicciones entre los gobiernos nacional y provincial.

Este libro es una obra de interpretación. Estudia los valores y culturas de países muy similares, que hablan la misma lengua (con excepción de los francófonos canadienses), que están entre los más ricos del mundo, que habitan ambientes altamente urbanizados y que viven en uniones federales complejas y heterogéneas. Pero Lipset busca demostrar que también son diferentes en un amplio espectro de conductas, instituciones y valores. Sus opuestos reflejan principios organizativos básicos, manifiestos en valores, conductas e instituciones nacionales.

El inicio del trabajo es una introducción a los principios políticos de los dos países: el poder gubernamental es temido en el sur; la soberanía popular, en el norte. El primero se apoya en la concepción *whig* y en las doctrinas "libertarias", que afirman el igualitarismo y el populismo, y el rechazo al poder estatal, reforzadas por la tradición religiosa voluntarista y congregacionista. El segundo abraza la concepción *tory* y el conservadurismo en su sentido británico y europeo: aceptación de los gobiernos fuertes, de respeto a la autoridad, de las religiones jerárquicas que apoyaron al Estado y fueron apoyadas por él. El autor nos advierte que aun cuando apoya la influencia continua de la distinción revolución-contrarrevolución, no sugiere que Estados Unidos y Canadá todavía sean sociedades *whig* y *tory* en su sentido antiguo. Canadá paulatinamente ha aceptado los valores individualistas y algunas de las instituciones derivadas de la cultura estadounidense. Y es el mismo caso de Estados Unidos. Su problemática social ha modificado también sus valores en una medida apreciable. Hace uso de instrumentos de gobierno para resolver problemas sociales y económicos o reconocer derechos de grupos sociales. El cambio más espectacular es la incorporación en la Constitución canadiense de una Ley de Derechos (*Bill of Rights*) en 1982. Preserva el principio de la supremacía parlamentaria y pone acento en los derechos individuales, diferentes de los de grupo, como lo hace su similar estadounidense.

En el aspecto organizativo, Lipset señala que los dos países difieren en gran medida. Canadá ha sido más consciente de la división de clases, el elitismo, la obediencia a la legalidad, el estatismo, el colectivismo y el particularismo (orientación hacia el grupo) que Estados Unidos. Éste se mantiene apegado a la sociedad clásicamente liberal o lockeana, que rechaza las propuestas de la alianza del trono y el altar, el elitismo de la sangre, el mercantilismo, la *noblesse oblige* y el comunitarismo. Canadá nació como sociedad monárquica contrarrevolucionaria, devota de la jerarquía en las relaciones de clase y religión. Sus líderes vieron el nuevo país del sur como vulgar, populista y oportunista. En contraste, Estados Unidos fue fundado como una nación con ideales políticos y religiosos que proclamaron la libertad individual y rechazaron los gobiernos de gran poder. Para Lipset, Estados Unidos es único entre los países desarrollados en definir su razón de ser en términos ideológicos. La "religión política" del ciudadano estadounidense sería un acto profundamente ideológico. Al contrario de Europa o Canadá, donde la nacionalidad está relacionada con la comunidad, "ser estadounidense" es un compromiso ideológico, no un asunto que tiene que ver con el nacimiento. Su "credo" puede ser sintetizado en cuatro palabras: antiestatismo, populismo, individualismo e igualitarismo. El primero, derivado de la lucha contra el Estado monárquico centralizado, se tradujo en la desconfianza de los padres fundadores hacia los gobiernos fuertes. Su expresión organizativa fue la instauración de un elaborado sistema de pesos y contrapesos entre el Ejecutivo y las dos cámaras del Congreso. En contraste, en Canadá el gobierno fue percibido como una presencia benigna, indispensable en la lucha por la supervivencia contra un clima y una geografía hostiles. El populismo, por su parte, nace de la creencia de que la voluntad del pueblo debe dominar a las élites. Así, en Estados Unidos está muy extendido el derecho a elegir todo tipo de funcionarios o a cambiarlos a través de elecciones, desde luego en mayor medida que en Canadá. El igualitarismo, por su parte, es condición indispensable para la realización del individuo en la nueva "tierra de las oportunidades".

En Canadá continúa el debate sobre la definición de su identidad nacional. Sus razones no son claras. Quizá se expliquen a partir de su condición "residual" y de sus prolongados vínculos con la Gran Bretaña. Hasta hace poco, la Constitución de la confederación canadiense fue la *British North America Act*, proclamada por la reina Victoria en 1867. En 1892 Canadá pidió al Parlamento británico ceder su control formal. Sería hasta 1947 cuando los canadienses se aseguraron un estatuto separado como ciudadanos de su propio país, distinto de la ciudadanía británica. La bandera de la hoja de maples se instituyó en 1965 y "O Canada" empezó a sustituir a "God Save the Queen" hasta 1980. La lealtad canadiense hacia el dominio británico dejó bien asentados el conservadurismo y la contrarrevolución. Se rechazaron las revoluciones francesa y estadounidense y se mantuvieron patrones de emigración e inmigración que reforzaron las tendencias derechistas. En los tiempos actuales, todavía se advierte el impacto continuo de instituciones políticas que reflejan los valores conservadores de origen *tory*, que explicarían el importante papel del gobierno en la sociedad y la economía de Canadá. Esta explicación se uniría a la que pone a su difícil geografía como razón última de las formas de organización burocrática en gran escala y la amplia intervención estatal. En ninguna parte se reflejan tanto las particularidades canadienses como en el espejo inverso del nacionalismo al otro lado de la frontera. Los canadienses han tendido a definirse ellos mismos no en términos de su propia historia y tradiciones nacionales, sino en referencia a lo que no son: estadounidenses. Aquellos son, entonces, los estadounidenses más antiguos y persistentes del mundo. Pero la idea de que esto implique diferencias significativas en el plano de los valores sociales entre los dos países se sostiene cada vez menos. La difusión cultural, los cambios económicos comparables, los progresos en la transportación y la comunicación instantánea, en suma, la modernización, ha operado en contra de las diferencias y a favor de la integración cultural internacional. Lipset se refiere a la manera como los mitos —o antimitos— canadienses han penetrado en la literatura nacional. Si a Canadá le falta una ideología, dice, tiene una fuerte identidad que se refleja en la literatura y otras artes creativas. Y ellas han ayudado a formar y reflejar una autoimagen nacional. Esta afirmación del autor es insostenible frente a otras en la parte final de su trabajo, donde habla del provincianismo inherente a las artes de Canadá. Sus ciudadanos ven su propia cultura como pesimista e introvertida, a partir de las fallas históricas de su país y su complejo de inferioridad. Su contrapunto es la visión del arte de Estados Unidos como optimista y extrovertido, sin duda resultante de sus éxitos políticos y económicos y de su gran poder. Si comparar siempre es un ejercicio peligroso, lo es en especial cuando de cultura se trata. Poner frente a frente y en bloques la literatura canadiense y la estadounidense puede ofrecer problemas que el autor no ignora, aunque considera válido rescatar los diferentes acentos puestos por una y otra en los ambientes de los personajes, su idiosincrasia, su comportamiento social y político, su idea de la autoridad, su religiosidad, en fin, su visión del mundo.

Individualismo y religión en Estados Unidos van de la mano y se refuerzan mutuamente. Ya en el siglo pasado Max Weber identificaba las creencias de los "protestantes sectarios" (es decir, adheridos a sectas, no a denominaciones eclesiales estatales como el anglicanismo, el catolicismo o el luteranismo) como responsables del comportamiento racional, competitivo, individualista, favorecedor del

éxito capitalista. El *ethos* religioso estadounidense, además, fue funcional no sólo en términos del desarrollo de su burguesa economía, sino también, como lo hacía notar Tocqueville, para conformar una amplia mentalidad liberal. Puesto que la mayoría de esas sectas fueron congregacionales, no jerárquicas, alimentaron los valores igualitarios y populistas característicos de Estados Unidos. Éste fue el primer país en el que los grupos religiosos eran voluntarios, es decir, no apoyados por el Estado. Las consecuencias a largo plazo del *ethos* religioso se han manifestado también en las orientaciones políticas. Tal creencia, al sostener la perfectibilidad de la humanidad y la obligación de evitar el pecado, en la práctica se ha traducido en el sostenimiento de un mesianismo moral que permea el espectro entero de la política estadounidense. En contraste, la religión canadiense dominada por el anglicanismo, el catolicismo y las tradiciones ecuménicas (la Iglesia Unida) no enfatiza un moralismo semejante. Las actividades del Estado están influidas por la idea del "sentido de la permanente imperfección del hombre, el pecado original", lo cual evita la tentación de tomar parte en cruzadas contra "imperios del mal".

Un elemento que diferencia a Canadá y Estados Unidos es el mayor respeto por la ley y por quienes la hacen cumplir. Canadá es el único país en el mundo donde la policía (la pintoresca Policía Montada) es un símbolo nacional. Desde el punto de vista de la historia de la frontera, de un lado y otro de la línea, el *mountie* es la expresión más acabada del imperio de la ley en manos de un poder central y ordenado, en contraste con el *sherif* estadounidense, nombrado por ciudadanos locales e influido por sus valores y prejuicios. Éstos incluirían el desprecio por las minorías y la falta de respeto por los procesos legales. En opinión de Lipset, el menor respeto por la ley en Estados Unidos puede ser visto como inherente a un sistema en el que el igualitarismo tiene un valor superior y falta el elitismo difuso. Entonces, la delincuencia y la corrupción en Estados Unidos pueden ser atribuidas en parte a la obsesión por el logro individual, donde el fin justifica los medios. Esta mentalidad no es la canadiense. Resultado: los estadounidenses superan a sus vecinos, con mucho, en homicidios, robos, asaltos y violaciones. Las bajas tasas de delincuencia y violencia en Canadá están acompañadas de mayor respeto por la policía y más apoyo general a castigos severos para los delincuentes y a la legislación restrictiva sobre armas. En Estados Unidos, la tenencia de armas ha sido considerada como un derecho ligado a una garantía constitucional establecida para proteger a los ciudadanos contra el Estado. La política canadiense, por su parte, ha estado basada en la convicción de que la tenencia de armas ofensivas es un privilegio, no un derecho.

Lipset confronta los estereotipos con las realidades de dos maneras del quehacer económico. Si bien Canadá y Estados Unidos son países similares en cuanto a su desarrollo, existen diferencias que algunos quieren entender a partir del factor cultural. Se sostendría, entonces, que los estadounidenses tienen una mentalidad más agresiva, competitiva, orientada a hacer dinero, a correr riesgos, a formar empresas. En contraste, los canadienses serían más "europeos" (en el sentido más tradicional de la palabra), más conservadores en sus actitudes hacia la empresa y la fortuna. En el fondo de la argumentación, se desprende de las afirmaciones de Lipset, estaría el diferente papel estatal jugado por los dos países, uno que alentaría el esfuerzo individual y otro que fomentaría un estilo de vida más relajado.

Nuestro autor es muy claro en su argumentación: si bien el factor cultural es explicativo, no es el único y quizá no es el más importante en el conjunto de razones que conforman la realidad económica de los dos vecinos.

Las diferencias en los valores políticos de cada país son reflejos de los diferentes papeles asignados al gobierno y a la iniciativa individual con respecto a los asuntos sociales. Al norte de la frontera, la orientación *tory* y una población más pequeña han significado un mayor número de funciones del Estado. Estados Unidos, en un molde clásico liberal-*whig*, destaca entre los países desarrollados en cuanto a la relativa poca participación de sus gobiernos en campos tales como la propiedad de la industria, la beneficencia social, el cuidado de la salud, entre otros. Con acierto, Lipset señala al gobierno canadiense como una "monarquía socialista", mientras que el estadounidense sigue la consigna jeffersoniana de que "el mejor gobierno es el que menos gobierna". Mientras que el gobierno de Canadá es garante de la seguridad social para todos en el sentido más amplio de la palabra, el de Estados Unidos sigue una línea opuesta. La "conciencia moral" de la sociedad sería la filantropía estadounidense, individualista y antiestatista, actividad de millonarios, caprichosa y selectiva.

Jerarquía, inequidad y patrones de sentimientos de clase son elementos de discusión en la obra. Canadá nació como un país cuyas élites religiosas y políticas creyeron en una sociedad jerárquica orgánica en la que los "inferiores" debían mostrar deferencia hacia sus "superiores". Estados Unidos, también una sociedad jerárquica con esclavismo, racismo y servidumbre disfrazada, puso en alto la bandera de la igualdad. Hoy en día es difícil afirmar que este patrón se mantenga. El igualitarismo, al menos en el plano ideológico, más bien se expresa de modos diferentes en cada país. Los canadienses estarían comprometidos con el igualitarismo redistributivo, mientras que los estadounidenses con la competencia meritocrática y la igualdad de oportunidades. La estructura de valores de Estados Unidos estaría entonces orientada a enfatizar el individualismo competitivo, y en sus reflejos tales como la educación pragmática, la escasa o nula conciencia de clase, o el rechazo al socialismo —desde su versión más moderada— y el activismo sindical. En Canadá, y siguiendo a su antecesor británico, el conjunto de valores sociales se orienta en una dirección diferente.

Las autoimágenes de los dos países son importantes en el ensayo de interpretación. Para los canadienses, su sociedad es un "mosaico" que ofrece a los diferentes grupos étnicos el derecho a su supervivencia cultural, en contraste con Estados Unidos, ese "crisol de naciones y razas". La situación se explica, según Lipset, en el impacto de la historia del siglo XVIII. El universalismo estadounidense —el deseo de incorporar grupos diversos a una totalidad cultural unificada— es inherente a la ideología fundadora del país. El particularismo canadiense —preservación de las lealtades de grupos subnacionales, así como la fuerza de las provincias *vis-à-vis* el gobierno federal— arranca de la decisión de la élite clerical francófona de permanecer leal a la monarquía británica como una protección contra el puritanismo y el populismo democrático del sur de la frontera. Debido a la importancia de las áreas francófonas en la Norteamérica Británica, el subsecuente estado federal canadiense incorporó protección a la minoría lingüística, y las provincias asumieron un poder considerable. El Acta de la Norteamérica Británica de 1867 no sólo pasó

por alto la igualdad absoluta de todos los ciudadanos, sino que reconoció derechos a los grupos religiosos (católicos y protestantes) y grupos lingüísticos (anglo y francófono). En lo que respecta a los grupos etnoculturales en Canadá, éstos tienen un ambiente más acogedor que sus similares en Estados Unidos, debido a su necesidad de reconciliar a los francófonos con los anglófonos. Sólo en fechas recientes, en Estados Unidos se aceptan estándares particularistas en el trato con otros grupos raciales y étnicos y las mujeres. En este sentido, Estados Unidos lentamente se ha orientado hacia el concepto de "mosaico".

Lipset asegura que los procesos de modernización han tenido efectos opuestos en los dos países: para Estados Unidos significan una centralización sin freno, mientras que para Canadá han representado un mayor poder, afirmación y competencia de las provincias. Una explicación "fiscalista" es responsable en parte de esta diferencia. En Estados Unidos las autoridades federales controlan la mayor parte del ingreso y del gasto en los diferentes niveles de gobierno. En contraste, Canadá "se ha convertido en la federación más descentralizada en el mundo occidental[...] Las provincias (y municipalidades) canadienses han sobrepasado al gobierno federal en el total del gasto y los ingresos fiscales". Por lo demás, existe una suerte de tradición de reto de las provincias canadienses hacia el gobierno central. Los intentos de separatismo en Canadá no solamente han incluido a Quebec, sino también a algunas de las provincias atlánticas, las Praderas y la Columbia Británica.

El capítulo final se dedica a analizar nuevas situaciones entre los dos países, a raíz de cambios regionales y globales en que Estados Unidos ha desempeñado un papel central. En los setenta y ochenta, el Estado benefactor y los modelos de planificación central en todo el mundo entraron en crisis, mientras que innumerables gobiernos de corte neoliberal proclamaron el fin del estatismo y la preeminencia de las fuerzas del mercado. Canadá, a partir del gobierno de Brian Mulroney, se encaminó a cambiar sus esquemas estatistas e intervencionistas, mientras que ninguno de los demás partidos nacionales planteó una opción mejor. En este sentido, la cultura política canadiense se ha vuelto más "estadunidense". No menos interesantes son los cambios hechos a leyes fundamentales de Canadá, al incorporarse instrumentos procesales del modelo estadounidense. Éstos han modificado drásticamente las diferencias entre las culturas legales de Estados Unidos y Canadá. También en el sur de la frontera las cosas no permanecen iguales. Ahora se acepta la responsabilidad comunitaria en objetivos de bienestar y se han aprobado políticas de "acción afirmativa" (*affirmative action*) que establecen preferencias grupales de raza o etnia en cuanto a empleos, contratos de gobierno y admisión en universidades, a fin de asegurar la representación igualitaria. Su observancia, desde luego, ha supuesto una mayor intervención estatal.

La metodología comparativa tiene indudables méritos científicos, pero amerita una atención crítica, pues el poner frente a frente productos con diferentes circunstancias históricas puede conducir a la apreciación de unos en función del "modelo" representado por los otros. Más aún, se corre el peligro de sacar conclusiones a partir de gruesas generalizaciones, más cercanas a la estereotipia que a la realidad. Por fortuna, Seymour Lipset supo sortear hábilmente las dificultades a las que se enfrentaría el proyecto de *Continental Divide*. Sin duda, éste es un libro de lectura obligada para entender similitudes y diferencias entre dos países con un

destino histórico común, enlazados por la geografía, la historia, la cultura y la voluntad de marchar cada vez más juntos en el futuro. El trabajo de Lipset combina el rigor académico con un estilo fluido y ameno, que nos conduce sin querer a una reflexión acerca de las distancias culturales entre México y Estados Unidos, frente al irresistible proceso de integración económica continental.

PEDRO CASTRO

JUAN LUIS OROZCO, *El negocio de los ilegales. Ganancias para quién*, Guadalajara, ITESO, Editorial Ágata, Instituto Libre de Filosofía, 1992, 601 pp.

Este libro se ocupa de las causas por las que se produce y se reproduce el fenómeno de la migración laboral internacional, así como de sus consecuencias. El autor analiza a fondo el problema de los ilegales que cada año cruzan la frontera y que, según la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, en 1986 ascendieron a 1 850 000 los permanentes y a cerca de 800 000 los temporales.

El sujeto de la investigación son los trabajadores migratorios, o, mejor, ellos y sus familias y comunidades campesinas. Más que una fotografía, es una mirada al interior de las rancherías donde vivió el autor. Sin duda ésta es una de las mayores aportaciones a la investigación, aunque no se haya ocupado de los migrantes urbanos. El autor se pudo haber conformado con los abundantes aunque equivocados datos estadísticos disponibles, con la aplicación de cuestionarios por medio de encuestadores, con los recorridos de campo a partir de las cabeceras municipales —acciones, todas ellas, de gran utilidad. En cambio, Juan Luis Orozco decidió seleccionar tres de los 26 municipios alteños, que fuesen representativos de esa región jalisciense: Zapotlanejo, Arandas y Lagos de Moreno. Y dentro de ellos, tres poblados que tuvieran entre 50 y 100 familias, es decir, el tipo de comunidades donde existe el mayor índice de expulsión y de emigración hacia Estados Unidos. Éstas son: Corralillos, El Refugio y Los Dolores. Corralillos es una comunidad de pequeños propietarios que expulsa fuertes contingentes de migrantes ilegales a Estados Unidos; cuenta con electricidad pero no con agua potable. El Refugio es una comunidad de ejidatarios muy pobres; tanto, que pocos alcanzan a llegar hasta el norte. Nadie vive exclusivamente de su parcela, la mayoría debe buscar su sustento como asalariados en las granjas mejor capitalizadas de los alrededores; no disponen de los servicios de electricidad ni de agua potable. Los Dolores es una comunidad de pequeños propietarios que cuenta con electricidad y agua potable. Casi todos se dedican a la agricultura y a la explotación de ganado lechero. Hay un dato sobresaliente: estos agricultores y ganaderos están organizados en forma cooperativa.

El autor vivió en estas pequeñas congregaciones que están lejos de las carreteras, sin drenaje, educación secundaria, correo ni teléfono, y se entrevistó con los integrantes de todos los hogares. Tuvo así la oportunidad privilegiada de conocer la vida cotidiana de las familias de los alteños que, como minúsculos arroyos, forman parte desde hace muchas décadas del gran torrente migratorio de ida y vuel-